

DESCUBRIMIENTO TARDIO: ENCUENTROS y REENCUENTROS EN BUENOS AIRES

Muchas veces había sentido, como español, la tentación de conocer América, «el Nuevo Mundo», cuyo descubrimiento ha sido gloriosa empresa de España, tan grande que en el lenguaje hiperbólico de los cronistas de Indias se califica como el suceso más importante después de la encarnación del Verbo.

Por una serie de Circunstancias no aproveché las oportunidades que tuve para ir «allá», lo que habría podido hacer en mejores condiciones, y menos onerosas, que en ésta de ahora. Desde hace ya muchos años pensé que, si un día me decidía a realizarlo, sería Argentina -por razones de una deuda de gratitud, a la que me referiré luego- la primera nación que visitara; y también que el primer viaje no lo haría más que por mar, como lo hicieron los descubridores. Porque quería ir, teniendo la sensación de la lejanía, de la distancia, sentir el tiempo, darme cuenta de que iba a América, de lo que es ir navegando por el mar Océano, cubriendo la enorme distancia que separa a los dos Continentes.

En razón de mi edad y de la fragilidad de mi salud no dejábamos de considerar que el viaje podía ser un disparate; hasta que el frío horrible del largo invierno de Madrid, este año especialmente crudo, me decidió, como hacen las aves migratorias, a buscar el verano en el hemisferio austral.

No embarqué en uno de esos aviones con los que puede llegarse en horas, sino en un transatlántico, en once días y once noches de navegación, para contemplar, durante el camino del sol, la impresionante inmensidad del mar, y luego, en el silencio nocturno, la bóveda estrellada sobre nosotros; y siempre, de día y de noche, la tremenda soledad en medio de aquel espacio infinito, sin descubrir en todo el tiempo de la travesía un solo barco que surcara el mar ni un avión que rasgase el azul del cielo.

Con un poco de imaginación nos dábamos cuenta de lo que tuvo que ser el viaje de Colón y su gente por el mar tenebroso: más días -setenta- y con todas las incomodidades de las pequeñas carabelas. Ambiente de soledad y de inmensidad infinitas que nos envuelve y sujeta donde el entorno domina nuestro espíritu, porque el viaje a América, como dice Ortega, es la experiencia más aguda que puede hacer un español espiritual. De tal manera que es incomprensible que la primera vez que se va en barco desde España a América, si se siente profundamente su significado, se tenga interés por obras pequeñas cosas y banalidades que son corrientes en la vida Antenor del buque y que consiste, como dice Ortega en *El espectador*, en que «doscientas personas se dedican a inspeccionar vuestros actos », (Lo que sólo puede entenderse cuando la repetición frecuente del viaje lo convierte en rutina.) Aunque luego nos dice Ortega que el alta mar -sin más- es un espectáculo sin interés porque, para él, en la belleza de la marina próxima a la costa lo pone casi todo la tierra, y considera preferible navegar como Ulises sin perder de vista la gracia quieta y perfilada de la ribera. (Sin embargo, y como esto no es filosofía, yo, enamorado del mar, me permito discrepar porque pienso que «la mar», con sus tonalidades y la inmensidad de su extensión, llana unas veces, rizada y encrespada otras, pone su propia belleza.)

En el undécimo día avistamos la costa de América, y llegados al estuario, más que río, de La Plata -alimentado éste por otros que allí van a morir, principalmente el Paraná, uno de los grandes del mundo- nos encontramos con la fealdad de su color, como sucio, terroso, que da la impresión de turbiedad, sin la transparencia y la claridad naturales, propias del agua de los mares y de los ríos. No sé si fue don Pedro de Mendoza, el fundador de la Ciudad que llamó Santa María del Buen Aire -en 1536-, o, en nuestros días, Rubén Darío, quien, poetizando, dijo que tenía el color de la piel del león.

Ya nos encontramos en tierra firme, y pronto introducidos en la gran ciudad de Buenos Aires, que es el enclave más europeo de América; en su mundo humano y social que no es sólo grato por su hidalga hospitalidad, sino también por la capacidad de selección de los valores morales, humanos, de que están dotados los argentinos. Ya Ortega, después de su primer viaje en 1917, había señalado esta cualidad argentina de distinguir finamente los valores, estableciendo una jerarquía, entre los que acepta, virtud de la conciencia pública -dice- que más puede estimar quien avance por la vida con un corazón honesto y una obra seria, pues más irresistible que no ser notado es ser confundido. Pronto se advierte allí, tanto en el trato con sus intelectuales, profesores, ensayistas, como con las gentes del mar, con la cortesía y distinción de los jefes de la Armada argentina, sucesores de quienes tanta generosidad tuvieron con nosotros en días terribles.

Tuvimos la fortuna de que, huyendo del frío, tampoco encontramos allí -contra todo pronóstico- un calor sofocante, salvo tres días en el mes y medio de nuestra permanencia, sino una temperatura primaveral que, según se nos dijo, era poco frecuente en los meses de febrero y marzo.

El primer objetivo del viaje resultaba, pues, venturosamente cumplido.

Apenas llegado -dos días después, posiblemente por indicación del excelente poeta Ricardo Adúriz, consejero cultural de la Embajada de Argentina en Madrid- vino a visitarme al hotel donde me alojé Fernando Lascano, un hombre joven, inteligente, culto y cordial -uno de esos amigos nuevos que, por virtud de la simpatía y afinidades, pronto nos parece como si lo hubieran sido siempre- quien, con un grupo de ocho amigos, me invitaba a un almuerzo que se celebró en el Círculo de Armas, el de mayor tradición.

Durante más de tres horas estuvimos cambiando impresiones sobre cosas de «allá y dejacá» y yo fui asaeteado por las preguntas que, con agudeza e intención, me hicieron. Todos gente culta y joven, entre treinta y cinco y cuarenta y cinco años. Yo, realmente, no conocía su identidad cuando empezamos a hablar. Alguno había leído libros míos y ellos me dedicaron los suyos y publicaciones en revistas. Al terminar la reunión, Fernando Lascano sentado junto a mí, y por el orden que, por azar, cada uno ocupaba en la mesa, me los fue presentando así: Fernando Madero, investigador histórico y periodista; Norberto Padilla, catedrático de Derecho Constitucional en la Universidad de Buenos Aires; Carlos Payá, abogado, investigador histórico, con varias publicaciones editadas, catedrático de Historia Constitucional de la Universidad Católica Argentina; Germán Voss Castellanos, juez en lo civil; Francisco Durañana y Vedia, catedrático de Derecho Agrario y Minero de la Universidad de Buenos Aires;

Luis González Estévez sociólogo, actual director de Planeamiento Industrial del Gobierno en la provincia de Buenos Aires; Vicente Massot, escritor, periodista, director y dueño de *La Nueva Provincia*, y él, Fernando G. Lascano, periodista, asesor de la Secretaría General de la Presidencia de la nación. Guardaré siempre de todos el mejor recuerdo.

EL «TUCUMAN» y LA MARINA

El otro objetivo de mi viaje era renovar la expresión de mi gratitud a la Argentina; pagar una deuda imprescriptible de gratitud a todos los argentinos, diplomáticos, políticos, marinos, que con participación directa o indirecta se emplearon con amor, con ternura y con ingenio a cumplir la tarea humanitaria de socorrer y salvar la vida a muchas personas -las nuestras, entre otras-, sacándolas con ingenio y decisión de sus refugios y escondites en el submundo de los perseguidos y justiciables durante la tragedia fratricida. A ellos que, en su mayoría habrían muerto, o a quienes les sucedieron. Los hombres del doctor Lebreton, embajador de la Argentina en París, estimulado allí para esta acción bienhechora por nuestro inolvidable, insigne doctor Marañón; de Pérez Quesada, encargado de Negocios de la Argentina en Madrid por ausencia del embajador, García Mansilla; del cónsul en Alicante, Eduardo Barrera; del comandante del torpedero «Tucumán», capitán de navío Casari; de su segundo jefe, los oficiales y marineros todos viven en mi recuerdo; aunque las figuras con mayor presencia en él son el comandante del «Tucumán», que me acogió con exquisita cortesía, hasta el punto de cederme, frente a mí más enérgica protesta, su camarote durante los diez días que, por razones de seguridad personal, estuve a bordo del buque fondeado en la bahía (esperando el embarque de un grupo de refugiados cuya salida había sido negociada entre la Embajada argentina y la Cruz Roja), y el cabo Velázquez, aquel hombre joven, alto, ocurrente y desenvuelto que, en los primeros días de febrero de 1937, me llevó, vistiéndome de marinero, desde el Consulado argentino hasta el «Tucumán», pasando así el control montado por los anarquistas en la gran escalinata del puerto. Vino a buscarme al frente de un piquete de cinco marineros, de los que uno quedaba allí algún tiempo, para que la vigilancia exterior viera que salían del Consulado igual número de marineros que habían entrado. Aquel cabo Velázquez que, mientras nos dirigíamos a pie hacia el puerto, me reprochó que no «caminara» con naturalidad y con soltura como ellos - así debía ocurrir, efectivamente, al sentirme yo disfrazado y pisar una calle por primera vez después de siete meses de encierro-, pues no era más que un marinero argentino... y nada menos. Aquel cabo Velázquez que, en mi gran deseo de encontrarme con algún superviviente, podía serlo, porque en el tiempo a que me he referido era mucho más joven que yo.

Pregunté a mis nuevos amigos y a otros españoles y porteños que iba conociendo. A todos refería el comportamiento altruista de los marinos del torpedero «Tucumán» (en Madrid hay una calle que lleva este nombre) y, pese a su deseo y palabras de esperanzas optimistas, ninguno pudo hacer nada eficaz.

Hasta que en los primeros días de marzo de este año 1981 llegó al puerto de Buenos Aires nuestro buque -escuela de guardias marinas «Juan Sebastián Elcano» y su comandante (Cristóbal Colón de Carvajal y Maroto) nos invitó a una recepción que, en honor de las autoridades, daba a bordo. Allí había una brillante representación de la Marina con sus familias. Saludé al muy distinguido marino almirante Anaya, jefe del

Estado Mayor de la Armada argentina, a quien expuse la cuestión, y con palabras corteses y medidas me dijo que *tratarla* de enterarse, lo que hizo con tal prontitud y eficacia que, al día siguiente, su ayudante me llamó por teléfono al hotel diciéndome: «Tengo aquí al cabo Velázquez, ya retirado, pero con el grado de suboficial», me advirtió. Fui a su encuentro: «Un abrazo, cabo Velázquez; ya ve que para mí, usted nunca asciende.» Y almorzó con mi mujer y conmigo, recordando la lejana aventura de Alicante. Aunque debo decir -cuarenta y cuatro años habían pasado- que ya no me encontraba con aquel joven apuesto y desenvuelto; estaba frente a alguien a quien la edad había cambiado de aspecto, mucho más grueso, algo disminuido de estatura y con maneras tranquilas y burguesas. Era un respetable *pater familias* que, retirado muchos años de la Marina, se había dedicado por entero a la formación de los suyos y había hecho ingeniero civil a uno de sus hijos.

El segundo objetivo de mi viaje se había cumplido también

MIS REENCUENTROS CON SÁNCHEZ ALBORNOZ y CON PITA ROMERO



Conocí a **Sánchez Albornoz** cuando, «oficialmente», fui alumno suyo en la Universidad de Madrid -año 1918- durante tres meses, en los que vino a explicarnos la asignatura de Historia de España, por jubilación forzosa -por edad- del catedrático titular don Juan Ortega y Rubio, del que Albornoz también había sido discípulo «oficialmente», ya que él a quien reconoce como maestro es al gran Hinojosa. Pero fuera de las clases no tuvimos relación personal alguna. Ni tampoco luego en las Cortes de la República, a pesar de haber sido diputados los dos -él y yo-, al estar situados en posiciones políticas distintas y desarrollando nuestra actividad parlamentaria también sobre materias diferentes.

Luego vino la separación de la guerra civil, y sólo ahora, después de tantos años transcurridos desde entonces, en este viaje mío a la Argentina, lo reencontraba y en realidad, diríamos más exactamente, lo encontraba en una comunicación humana. Y hablamos de tantas cosas -divertidas unas, tristes otras- de un ayer distante que, en parte muy pequeña, por aquella falta anterior de relación personal, nos era común. Nos divertía el recuerdo de las cosas del pintoresco profesor Ortega y Rubio, al que yo -sin más conocimientos de Historia de los mínimos que antes eran indispensables para poder circular por la vida pública del país- guardo gratitud esencialmente por haber estudiado en los ocho tomos de su excelente obra. Aquel profesor era un viejo simpático, con sus chifladuras, que hablaba -como si fueran sus contemporáneos vivos- con santa Teresa de Jesús, o con su gran enemigo Felipe II, con quien tenía una cuestión personal, por lo que le cohibía entrar en el monasterio escurialense a causa del terror que le inspiraba el retrato de ese rey, pintado por Pantoja, que podía acogerle.

Pero una vez, ante la hipótesis de su muerte -en la que sería obligada la pregunta de si perdonaba a sus enemigos-, él no podía dar la conocida, bárbara, respuesta de Narváez de que no los perdonaba porque, al haberlos matado a todos, ya no tenía enemigos; sino que, incruento y analítico, don Juan Ortega iba examinando el caso y circunstancias de cada uno: «¿A Torquemada? Sí..., es duro, pero lo perdono.» «¿A

Felipe II? Pues..., también.» «¿A Fernando VII? No, nunca; a ese malvado y canalla, no; antes el infierno.»

Con frecuencia comenzaba la historia de cada reinado en estos términos: «El rey no me gusta; la reina me gusta más.» Los estudiantes reían y él reaccionaba con energía, indignado, por la mala intención que atribuían a su frase.

Aquel joven Sánchez Albornoz, profesor auxiliar o sustituto, que entonces - 1918- estaba ya preparando oposiciones a una cátedra, se convertiría pronto en un historiador eminente, universalmente conocido, al que yo no voy a descubrir ahora, y para quien fuera necesaria su presentación se la dará cumplida la abrumadora *Bibliografía de Claudia Sánchez Albornoz*, editada por el Instituto de Historia de España, de Buenos Aires, en 1979.

La polémica que sostuvo con el profesor América Castro, con motivo de las tesis de su libro *España, un enigma histórico* y las de su antagonista en *España en su Historia*, fue muy viva, ruidosa y casi popular, desbordando los ambientes eruditos, normalmente reducidos y cerrados.

Ahora el gran medievalista persevera en su tarea que ha hecho posible la reciente publicación en «Espasa-Calpe» del tomo VII de la *Historia de España*, de Menéndez Pidal, con sus investigaciones, refundiendo, ordenando, actualizando su obra *El reino astur-leonés*, a la que incorpora, como último capítulo, uno de sus libros predilectos, *Estampas de la vida en León hace mil años*.

Sin embargo, Albornoz, rodeado de libros y papeles, no está solo en la Edad Media acompañado por Alfonsos, Ordoños, Ramiros y Bermudos, sino que también sigue con atención la realidad de nuestro tiempo -en comunicación con discípulos y discípulas que piden y escuchan sus lecciones- y vibra ante los problemas de hoy al menor contacto con todo lo español.

«¿Por qué, pues, no vuelve usted a España?» , le preguntaba yo, y él me daba una respuesta poco convincente: «¿Adónde voy yo con mis años y mis achaques? Ya lo haré para enterrarme allí.»

Y así, en un pequeño piso del gran Buenos Aires, sin ocio, trabajando todos los días con su mente lozana, se va consumiendo la vida de este viejo hidalgo: español, católico y liberal.

De las circunstancias de mi relación o de mi falta de relación anterior con don **Leandro Pita Romero** podría, *mutatis mutandis*, repetir las que se dieron en el caso de Albornoz. Fuimos diputados los dos en las Cortes de la República. Nuestra postura política era diferente. Desde luego, él tenía un tono conservador, dentro de la República -no me cuidé de preguntárselo-, no sé si era hombre de Niceto Alcalá Zamora o regionalista gallego. Como fuera, no tuvimos relación ninguna. Fue nombrado, en uno de aquellos efímeros



Gobiernos, me parece que presidido por Lerroux, ministro de Estado, como entonces se llamaba a Asuntos Exteriores, y con este motivo le oí un discurso que me sorprendió por la moderación y me llamó la atención la corrección, el sistema y el buen tono. Más tarde fue nombrado embajador de España en la Santa Sede, y luego, con la guerra civil de por medio, él se exilia desde el primer momento, aunque creo que, por circunstancias personales y políticas, hubiera podido reintegrarse a España sin dificultades, pese a las pasiones y las tensiones de entonces.

Se trasladó a Buenos Aires y allí reencuentro a aquel personaje en la plenitud de su actividad profesional, como abogado de mucho, merecido, prestigio, con una salud extraordinaria que contribuye a ocultar, en parte, su edad avanzada, tanto por su lucidez mental como por su agilidad física. Es hombre de talento, de mucha cultura, fino escritor, por quien pronto he sentido verdadera estimación y el principio de una nueva amistad.

¡Tantas situaciones y cosas parecidas y sufridas en este nuestro querido y difícil país, acosado siempre por banderías y pasiones!

ENTREVISTA EN EL PERIÓDICO LA NACION

Yo, aparte de los objetivos indicados, no tenía otro que conocer la gran ciudad, la Pampa misteriosa, Mar del Plata y pasar unas semanas en ambiente privado, relajante, sin el menor deseo de hacer declaraciones ni comparecencias públicas, y así venía sucediendo, satisfecho de la temperatura primaveral y el cálido afecto de los amigos nuevos, hasta que se presentó en el hotel el arquitecto José Ignacio Ramos, hijo de mi amigo de siempre, a pesar del tiempo y la distancia, muchos años agregado de Prensa en nuestra Embajada, acompañando a un distinguido redactor del diario *La Nación*, de Buenos Aires, con quien celebré una conversación publicada en ese periódico el domingo 22 de febrero –justo el día anterior a los acontecimientos que se produjeron en España el día 23- y que, en parte, voy a transcribir.

La encabezaba con titulares a cuatro columnas con estas palabras mías: «Los españoles quieren un Gobierno que gobierne.»

La conversación fue larga y cordial, pero el señor Pérez Colman -mi entrevistador- y yo teníamos intereses encontrados: yo prefería hablar de la Argentina y del «Tucumán», y él, en cambio, lo que quería era que habláramos de la política en España, de ayer y de hoy. Y así, en el trabajo que publicó, queda apenas esbozado el tema de mi gratitud a la Argentina, y, sin embargo, en buena parte, recogidas las manifestaciones que yo hice sobre el tema político.

Inteligentemente él advertía lo extraordinariamente difícil que en este terreno me resultaba a mí «no ceder al influjo de tanto y de tan intenso pasado en el que se entremezclan, con otros rostros diversos, los de la pasión idealista y del poder, la fundación y la muerte de la Falange Española, el sueño de una España mejor, los horrores de la guerra civil, el nacimiento del franquismo, mi gestión al frente del Ministerio de Asuntos Exteriores en los momentos más graves de la contienda entre los países aliados y los del Eje. Todo ello, como él dice bien, en un relato que está fuera del

orden cronológico y que se asienta fundamentalmente en digresiones indispensables para la explicación de causas y efectos».

Hablamos de las tensiones en que yo viví durante casi todo el tiempo de mi gestión ministerial, en la que me granjeé las críticas del franquismo absoluto, precisamente porque tuve con Franco una lealtad crítica que es la que todo consejero debe tener, aunque por ello resulte antipático; y también, por lo mismo, las de algunos falangistas del sector más radical. Por eso, entonces, y luego con más libertad, fui un disidente, un discrepante de la política interior de Franco, pero no un conspirador.

Casi al principio de nuestra reunión él me exhibió el recorte de un periódico, diciéndome: «Es de lo poco que he podido encontrar en nuestro archivo sobre usted. Tengo aquí esta fracción de un discurso suyo, el primero de tenor político que se pronunciaba desde el Gobierno nacional.» «Había señalado entonces -dice-, en su calidad de ministro del Interior, la necesidad de "absorber, de ganar a la gran masa de la zona roja, que no se puede destruir".» «Era nuestra ambición y nuestro deber. Defiende las realizaciones materiales del período franquista, pero afirma que, políticamente, España quedó suspendida en el vacío.» De un modo general hay que decir que «no puede haber obra de gobierno duradera, responsable, si falta consecuencia en una conducta basada en la seriedad, la capacidad y la honestidad pública de los gobernantes. Pasa con la democracia: como sistema político es una cosa con buena Prensa en el mundo, y otra son sus realizaciones concretas a cargo de los políticos, que pueden llegar -que llegan- incluso en la negación del sistema con su conducta abusiva, despótica, arbitraria, presidida por el "amiguismo"»

«Serrano Suñer recuerda que los hechos contradijeron a la Falange en su deseo de unir a los españoles y evitar la existencia de un Estado sin pueblo.» Y el entrevistador Colman recoge palabras de mi libro *Entre el silencio y la propaganda, la Historia como fue* para sostener que «ningún dictador puede construir un sistema político que le sobreviva, si el mismo sistema creado por él en vida no es capaz -al menos potencialmente- de poderle sustituir sin esperar a su muerte. Y éste es el riesgo que los dictadores se niegan a correr; con lo que entregan a los países que rigen con mando absoluto a este dilema tras su muerte: otra dictadura o el desmantelamiento de todo el sistema construido por ellos en vida: aquel que pensaron que habría de sobrevivirles... con principios irreformables.

En otro titulillo -*Cinismo político*-, sigue recogiendo parte de nuestra conversación así: «Serrano Suñer dice: A Franco le hicieron creer que había una política con proyección de futuro. ¿Cómo? ¿Con qué? ¿Con organismos en los que, junto a personas sinceras, con capacidad y honradez, había una mayoría de adulones y serviles? En manos de estas gentes se evaporó la ideología y fue sustituida por el cinismo político, por tópicos.»

Me pide que explique la *transición* del régimen franquista al régimen político actual y contesto así: «Unos interesadamente, otros en virtud de la distancia con que contemplan el fenómeno español, quieren presentar ese hecho como un prodigio debido a un nigromante o prestidigitador. La realidad es que ese hombre era desconocido por el pueblo. Era desconocido más allá de los grupos de la Falange burocrática. Tampoco se le conocían capacidades en otras actividades profesionales ajenas a la política. Todo eso es irreal, antihistórico; pues si bien es cierta la carencia actual de grandes valores en el

ámbito político del país, no es tanto como para admitir que no existieran personas con formación, con experiencia, con competencia y con responsabilidad.

Y recoge estas palabras mías: «El milagro de la transición de un régimen a otro quien lo hizo fue el pueblo español, que colaboró para evitar los medios violentos, cansado de amarguras y penalidades, de luchas fratricidas. Con la voluntad popular, con la asistencia del rey y del Ejército, creo que persona con experiencia y buena formación necesarias, hubiese dirigido la transición con mayor competencia y autoridad.»

«Ante la posibilidad de que el sucesor sea **Calvo-Sotelo** (al momento del diálogo -escribe el entrevistador- aún estaba sin cubrir la presidencia vacante), Serrano Suñer dice: «He tenido con él escasa relación personal y casi ninguna de tipo político. Sólo sé que, como ingeniero de Caminos, tiene una buena formación técnica y que es un hombre honrado. (Diré que con quien sí tuve relación frecuente y afectuosa fue con su padre, que era un hombre de fina inteligencia, con mucho sentido del humor y un tanto escéptico.) Le conoceremos por sus obras: pero a él, o a quien llegue a la presidencia, no me atrevería a augurarle el éxito que, sinceramente, como español, le deseo, por el punto de gravedad que alcanzan algunos de los problemas con los que se ha de enfrentar.»



Bajo el titulillo de *El Ejército*, el periodista, con intención, escribe: «Le preguntan a Serrano por el papel que le atribuye al Ejército en esas circunstancias», y dice: «Tuvo una colaboración importante, con su discreción y su patriotismo, que han estado, estos años, sometidos a pruebas muy duras.»

Me preguntan, también, por el grado de rigor y duración con que, a mi juicio, han sido puestos a prueba la discreción y el patriotismo del Ejército español. Y respondo: «No creo que semejantes pruebas se puedan repetir indefinidamente. Todo tiene un límite.»

El periodista pide ahora que describa los problemas que deberá enfrentar el nuevo presidente. Serrano Suñer responde: «Son tres: autonomías, desorden económico y desorden político.» En relación con las autonomías manifiesta que «una limpia autonomía nunca deberá afectar a la unidad sagrada de esa patria común, superior, que forjaron los siglos », (Cuando un antiguo reino o región, como quiera llamarse, tiene conciencia de su propia personalidad, de su cultura, de su espiritualidad, su lengua y su Derecho privado -que eso es el regionalismo- no se le da satisfacción con una simple descentralización administrativa y burocrática, sino reconociendo oficialmente y potenciando esos valores, puesto que son valores españoles.) «Cita el manifiesto catalanista de 1890 en el que sus firmantes, las grandes personalidades del regionalismo catalán, que tenían fundamentos muy serios, proclamaron que, si bien no eran "unitaristas", tampoco eran "separatistas", Y se refiere a las reflexiones de otras personas eminentes en apoyo de sus propios argumentos, entre ellas, Ortega y Gasset, Sánchez Albornoz y el propio Azaña.»

Serrano Suñer traza un panorama sombrío cuando se refiere al desorden económico de su país. Opina que las causas se atribuyen, con demasiada frecuencia, a la

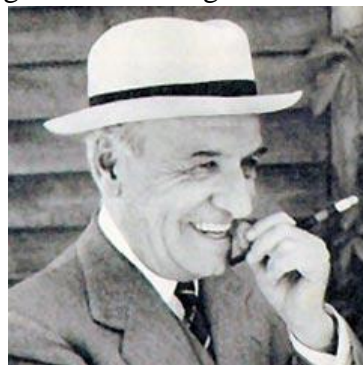
crisis energética mundial. Señala causas internas que considera tanto o más importantes que ésta - menciona la recesión general, la pérdida de fe en la inversión y en el ahorro y la disminución del ritmo productivo- y culpa al despilfarro escandaloso y constante de los caudales públicos.

Con el titulillo *Desorden político*, dice: «Al desorden político le atribuye la mayor importancia dentro del conjunto de problemas.» Dice que en los cuatro años anteriores, España se ha planteado, una vez más, el tema de la reforma política y social – tema que viene de muy lejos, por lo menos desde 1898- y se lamenta de que todo intento en ese sentido haya terminado siempre por frustrarse. Y entonces el entrevistador termina así: Por último le preguntan - me pregunta- ¿qué necesitan los españoles?, y yo respondo: «Un Gobierno que gobierne a España.»

Al publicarse esta entrevista fue conocida mi estancia allí y recibí la visita de intelectuales y políticos, Etchecopar, Sánchez Sorondo, el ex canciller, ex ministro de Asuntos Exteriores, profesor Mario Amadeo, a quien yo conocía por anteriores visitas periódicas que hacía a España con el poeta Anzoátegui y Goyeneche. Con Isabel Padilla Borbón visité la casa-museo de mi amigo el ilustre escritor Enrique Larreta, que ella conserva cuidadosamente.

INFLUENCIA DEL PENSAMIENTO DE ORTEGA

No puedo terminar este reportaje sin referirme a algo que tampoco es un descubrimiento, pero sí motivo de orgullo para un español, al observar de cerca la influencia cultural de don **José Ortega y Gasset** en la Argentina. Con algunos de sus intelectuales más representativos, ya personalmente, ya a través de sus libros, que antes no conocía, pude advertir la influencia que conserva el pensamiento de Ortega sobre la vida intelectual argentina en estos momentos. Etchecopar, distinguido ensayista y embajador, con tesis que arrancan de Ortega, sostiene que no se puede contemplar a América con la mirada de Europa porque aunque, originariamente, Europa la formara, esa conformación adquirió allí caracteres distintos. El hecho de considerar a América y a lo americano como una prolongación dócil de Europa y entenderla según su índole más propia y congénita. Lo que no quiere decir, para él, que haya que recurrir a los postulados de la América anterior a la civilización y la conquista.



Con estas y otras reflexiones se plantea el problema de si, arrancando de su «europeización» originaria, pero adquiriendo rasgos propios: existe una sociedad propiamente americana; y si existe esa sociedad, sobre qué bases o sobre qué usos -en sentido orteguiano- se configura, y cómo funciona y opera en América la relación primaria individuo-sociedad y la otra, más abstracta, de Estado-sociedad. No es ésta ocasión para un análisis de su libro *El fin del Nuevo Mundo*, pero sí para hacer notar la radical diferencia que existe entre la colonización sajona y portuguesa de América, que se imitó a crear focos costeros comerciales, y la española que, para él, significa el intento más ambicioso que cabe imaginar de fusión de culturas, la incorporación del indio a la fe católica y al estilo de vida propio de las naciones cristianas de Europa.

Esa influencia se extiende a toda la América de ámbito hispano. Son muchos los testimonios que pudiéramos aducir, pero escogemos el de Octavio Paz, extraordinario escritor, y de altísima calidad intelectual. En uno de sus importantes ensayos sobre Ortega dice que el filósofo español, desde sus libros, desde la cátedra, desde la *Revista de Occidente*, ejerce una influencia que marcó profundamente la vida cultural española e hispanoamericana.

Octavio Paz dice que Ortega les enseñó a pensar «ya que no con nosotros mismos, con nuestra historia hispanoamericana...» «El pensamiento español -dice- tras un eclipse de dos siglos, fue estudiado y discutido en los países hispanoamericanos, y no sólo se renovaron y cambiaron nuestros modos de pensar, sino también la literatura, las artes y la sensibilidad de la época, que ostentan las huellas de Ortega y Gasset».

La permanencia de su pensamiento será la mayor garantía de la continuidad cultural de lo español en las mentes más ilustres de América.

(Hace años el editor y excelente escritor José Ruiz-Castillo escribió que: «No se adquiere el doctorado de ser español, ni la propia consideración personal de tal, sin haber realizado al menos un viaje a América.»)